

memorias: su historia se enlaza con la mia de tal modo, que es casi imposible esperarlas.

¿Qué habria podido decir en prefacios comunes? ¿Qué habria procurado revisar y corregir mis obras? No hay necesidad de decir una cosa que por sí misma se revela. ¿Habria hecho ediciones particulares para tratar de un asunto general? No, porque tales asuntos se amoldan mucho mas naturalmente con una especie

de Memorias que puedan hablar de todo, que con fragmentos especiales escritos, ó traídos á propósito de otro lugar para hablar de ellos. El lector juzgará: si esos prefacios le cansan, indudablemente son malos; mas si por el contrario encuentra en ellos algun interés, estaré seguro de que he hecho bien de dejar correr libremente mi pluma y mis ideas.



ENSAYO

SOBRE LAS

REVOLUCIONES ANTIGUAS,

POR

F. A. DE CHATEAUBRIAND.

LIBRO PRIMERO.

PRIMERA PARTE.

REVOLUCIONES ANTIGUAS.

INTRODUCCION.

¿Quién soy? ¿Qué novedad vengo á anunciar al mundo? Bien puede hablarse de las cosas pasadas; mas quien no sea espectador desinteresado de los sucesos presentes debe guardar silencio. ¿Y en dónde encontraremos un espectador semejante? Todos los individuos, desde el aldeano hasta el monarca se han visto envueltos en esa espantosa tragedia. Diran tal vez: «no solo habeis sido espectador, sino que habeis tomado parte en esa tragedia como actor, como actor pasivo, como francés desgraciado que habeis visto desaparecer vuestra fortuna, y vuestros amigos en el abismo de la revolucion; sois por decirlo de una vez, un emigrado.» Al oír esto, veo que todos los hombres sabios ó todos aquellos, cuyas opiniones son moderadas ó republicanas arrojan lejos de sí el libro sin querer leer ni una línea mas. Esperad, esperad lectores: no os pido que leais sino unos pocos renglones. Bien sé que no seré inteligible para todo el mundo; pero el que me entienda no dejará la lectura del *Ensayo*. Los que no me entiendan pueden enhorabuena, cerrar el libro: no lo he escrito para ellos (a).

(a) Ese tono solemne y esa enfática gravedad con que se

El que en su corazon dice: «Quiero ser útil á mis semejantes» debe ante todo juzgarse á sí mismo: debe estudiar sus pasiones y conocer los intereses y preocupaciones que á su despecho podrian tiranizarle. Si hecho este exámen se siente con fuerzas suficientes para decir la verdad, dígala; pero si se siente débil, cierre el labio. Si el que escribe un libro sobre las circunstancias del momento no puede ser leído lo mismo en la democrática asamblea del pueblo, que en el retirado gabinete del monarca, tenga entendido que su obra es inútil, y si el autor, que tal hace, tiene talento, aun será mucho peor, pues su obra será mas que perjudicial. El mal, el grave mal de la sociedad consiste en que no nos adaptamos á nuestro siglo. Cada edad es á manera de río impetuoso que nos arrastra por la pendiente de nuestros destinos cuando nos abandonamos á su deseo. En mi concepto todos estamos en lucha con sus raudales. Los republicanos los han atravesado vigorosamente, y se han

anunciaba por primera vez un autor desconocido, serian ridiculos sino se tuviera en cuenta que eran imitacion hecha por un jóven, nutrido con la lectura de J. J. Rousseau y que en ella reproducia los defectos del modelo. El *Yo* que figura á cada paso en el *Ensayo*, me es tanto mas odioso, cuanto que no hay cosa alguna que me sea mas antipática y que mi disposicion habitual por lo tocante á mis obras, lejos de ser orgullo, es mas bien una indiferencia tal vez excesiva. Por lo demás debo advertir, que ya entonces comprendí que ese modo de hablar no era el que me pertenecia: en la *Noticia*, prólogo de la antigua edicion, se podran ver disculpas harto interesantes del uso que habia hecho del *yo*. (N. ED.)

situado en la orilla opuesta. Los demás partidos no se han atrevido á luchar con la corriente y se han quedado en la otra margen, y unos y otros desde ambas riberas gritan, se insultan y amenazan, y unos y otros se desentenden de la idea de lo justo y conveniente. Los republicanos corriendo en pos de ilusorias perfecciones se empeñan en que nos anticipemos á nuestra época; los segundos se empeñan en que retrocedamos, y para eso quieren vendarnos los ojos y convertirnos en hombres del siglo XIV, siendo así que nuestra era es el 1.96 (a).

La imparcialidad de este lenguaje debe reconciliarme con los que de la prevención contra el autor habrían podido pasar al disgusto de la obra. Aun diré mas: si el que ha nacido con un amor ardiente á las ciencias, consagrando los desvelos de su juventud; si el que devorado del afán de saber se ha desentendido de los gozos de la fortuna para ir al otro lado de los mares á contemplar el mas sublime espectáculo que puede presentarse á los ojos del filósofo, á meditar sobre el hombre libre en el estado natural y el hombre libre en la sociedad, colocados en un mismo terreno; finalmente, si el que en la práctica diaria de la desgracia ha aprendido desde muy temprano á conocer las preocupaciones de la vida; si tal hombre, vuelvo á decir, es acreedor á que se le dispense alguna condescendencia, yo puedo con justo motivo aspirar á ella.

La posición en que me encuentro es también favorable á la verdad. Atacado de una dolencia que me deja pocas esperanzas de vida, contemplo con serenidad todos los objetos. Quien se halla cercano á la tumba no puede menos de empezar á sentir la verdad que en ella se respira.

Careciendo de deseos y hallándome libre de temores estoy muy distante de alimentarme con las vanas quimeras de la dicha: los hombres no pueden hacerme mas daño que el que sufro. «La desgracia, segun dice el autor de los Estudios de la naturaleza se parece á la montaña negra de Bember en los extremidades del abrasado reino de Lahor: en tanto que vais subiendo por ella nada podeis ver mas que rocas áridas, mas así que llegais á la cima se os presenta á la vista el cielo sobre vuestra cabeza, y el reino de Cachimir á vuestros piés.»

Creo que el lector me perdonará esta digresión, considerando que sirve de prefacio y que sin ella habría tal vez seguido en esa funesta desconfianza que

(a) Hablo de otro modo en la actualidad? ¿No es esa la doctrina que he profesado en las *Reflexiones políticas*, en la *Monarquía con arreglo á la Carta*, en el *Conservador* y en mis *Opiniones en la cámara de los Pares*, etc? Hace ya sin embargo treinta años que hablaba de ese modo. ¿Pero en dónde? En Londres, en el destierro y en medio de las víctimas de la revolución. Tal vez habré necesitado algun valor para hablar con tal claridad al partido á que pertenecía, y de cuya desgracia estaba participando. Ese furor de decir la verdad á todo el mundo, explica suficientemente los percances de mi vida.

Para evitar profusión de notas diré, que las doctrinas políticas que yo profesaba al escribir este libro son las mismas que defiendo ahora, y que he manifestado hasta en tiempo del despotismo de la usurpación, sea en el *Genio del Cristianismo*, sea en otros escritos. Me considero como honrado por esta constancia no desmentida en ninguna vicisitud. Este espíritu de independencia merece, que á los ojos de un hombre imparcial desaparezcan muchos de los errores de esta obra. ¿Qué extraño es que una mano joven, que aun no se habia sentido estrechada por la de ningún amigo, se extraviara al trazar el primer bosquejo?

De manera, que los que al oírme expresar con viveza el horror que me inspiraban los crímenes revolucionarios, creyeron que yo era enemigo de las libertades públicas, se engañaron lo mismo que los que al oírme hacer el elogio de esas libertades, pensaron que yo estaba conforme con las ideas revolucionarias. Ahora pueden volver á leer todas mis obras: tengan en cuenta la edad, los tiempos y las circunstancias, y no tendrán reparo en someterme enteramente á su buena fe. (N. ED.)

nos hace recelar del autor y sin la cual no es posible terminar con interés la lectura de una obra. Mas en virtud de haber yo tratado de allanarle el paso, creo que él hará por su parte algun sacrificio en mi obsequio.

Lectores, despojaos por un momento de vuestras pasiones al recorrer en este escrito las mas altas cuestiones de que en estos instantes de crisis pueden ocuparse los hombres. Meditad el asunto con escrupulosa atención. Si alguna vez sentís que vuestra sangre se inflama, suspended la lectura y esperad que vuestro corazón vuelva á latir naturalmente para proseguirla. En recompensa yo no me lisonjeo de ofrecer una obra del genio, sino un corazón tan exento de preocupaciones como lo puede ser el de cualquiera hombre. También yo cuando he sentido enardecerse mi sangre la he dejado enfriar antes de proseguir escribiendo para reducirme á poder hablar simplemente con vosotros y á raciocinar siempre bajo unos mismos principios. Puedo engañarme; mas sino siempre soy justo, siempre iré acompañado de buena fe. Si al fijarse en mi mente recuerdos demasiado tórnos dejan caer mis ojos una lágrima sobre las páginas de este escrito, no os olvideis que esa es la única expansión concedida al desgraciado, cuyos dias pasan sin el consuelo de la amistad, y decid: «Perdonémosle en recompensa del valor que ha debido tener en escuchar la voz de la verdad á pesar de las preocupaciones tan excusables en la desgracia.»

EXPOSICION.

I.—¿Cuáles son las revoluciones ocurridas antiguamente en los gobiernos? ¿Cuál era en aquellas épocas el estado de la sociedad, y cuál la influencia ejercida por dichas revoluciones, tanto en el momento de estallar, como en los siglos siguientes?

II.—¿Habrá entre esas revoluciones algunas que por el espíritu, luces y costumbres de los tiempos puedan compararse con la actual revolucion francesa?

III.—¿Cuáles son las primitivas causas de esta última revolución y á cuáles se debe su imprevisto desarrollo?

IV.—¿Qué clase de gobierno es el que rige actualmente en Francia? ¿Está basado sobre principios sólidos? ¿Puede subsistir?

V.—Si subsiste ¿qué efecto causará en las demás naciones y gobiernos de Europa?

VI.—Si llega á ser destruido ¿qué consecuencias resultarían para los pueblos contemporáneos y para la posteridad?

Esas son las cuestiones que me propongo examinar. A pesar de lo mucho que se ha escrito sobre la revolución francesa, puede decirse, que como cada facción no ha tratado mas que de desacreditar á su rival, el asunto es enteramente nuevo, pues nadie lo ha escrito con imparcialidad.

Republicanos, constitucionales, realistas, girondinos, emigrados, hombres de todas las comuniones políticas tened entendido que de esas cuestiones mas ó menos bien dilucidadas depende vuestra felicidad ó vuestra desgracia en el porvenir. No hay hombre que no fragüe proyectos de gloria, de fortuna y de bien estar, y sin embargo, ninguno hay que en estos momentos de crisis pueda decir: «Yo haré tal cosa mañana» sino ha previsto lo que durante ese dia podrá suceder. Pasó ya el tiempo de las felicidades individuales: las pequeñas ambiciones, los mezquinos intereses de un hombre desaparecen ante la ambición general de las naciones y el interés del género humano. En vano esperais salvaros de las calamidades de vuestro siglo, aislándoos en la oscuridad de las costumbres solitarias: el amigo se ve arrastrado lejos del amigo, y el estrépito del trono que se huende turba el silencio del gabinete del sabio. A nadie le es dado prometerse un momento de paz: vamos bordeando

una costa desconocida sin mas luz que el fúnebre resplandor del rayo que rasga las apiñadas nubes. Todo el mundo tiene por lo tanto interés personal en que vayamos analizando esas cuestiones, porque en ellas está vinculada su existencia, porque ellas son á manera de un mapa, donde el piloto discreto debe estudiar el derrotero, y ver con anticipación los escollos para no estrellarse en ellos al desencadenarse la furia de la tormenta. ¿Habrá en ese mar proceloso alguna isla en que el miserable náufrago pueda guarecerse? Si, ese punto de salvación es una conciencia sin remordimientos.

VISTA DE MI OBRA.

Por lo regular en las obras políticas, si bien son las que mas orden y claridad exigen, suele echarse de menos la falta de método. Trataré de dar una idea terminante de esta obra, diciendo una palabra acerca del método que he seguido.

1.º Examinaré las causas próximas y remotas de cada revolución.

2.º Sus partes históricas y políticas.

3.º El estado de las costumbres y ciencias de cada pueblo en particular, y del género humano en general en el momento de la revolución.

4.º Las causas que limitaron, ó propagaron su influencia.

5.º Y finalmente sin perder nunca de vista el objeto principal del cuadro, haré incesantemente notar las relaciones ó diferencias entre la revolución antigua que está describiendo y la moderna francesa. De manera que esta servirá de centro comun donde vendrán á parar todos los rasgos históricos, políticos y morales (a).

Esta interesante pintura ocupará la mayor parte de los cuatro primeros libros, y servirá de contestación á la primera cuestión.

El exámen de la tercera y el de la segunda (medio resuelta ya), llenarán la tercera parte del libro cuarto.

El libro quinto escrito en forma de diálogo, estará consagrado á investigaciones sobre la cuarta cuestión.

En la primera parte del libro sexto se encontrarán algunos asuntos desprendidos de los otros libros, y en el segundo se dará cuenta de algunas probabilidades relativas á las dos primeras cuestiones.

De manera que toda la obra se compondrá de seis libros, unos de dos y otros de tres partes, formando un conjunto de quince partes subdivididas en capítulos.

De este bosquejo general pasemos ahora á las divisiones particulares, y establezcamos por de pronto el valor que doy á la palabra *revolucion*, que tantas veces ha de figurar en el curso de la obra.

No daré á entender, pues, en lo sucesivo con esa palabra mas que una mudanza total de la forma de gobierno de un pueblo, sea de la monarquía á la república, ó sea de esta á aquella. De manera que todo Estado que ha caído por las armas extranjeras, todo cambio de dinastía, toda guerra civil que no ha producido alteraciones notables en la sociedad, todo movimiento parcial de una nación momentáneamente insurreccionada, no deben en mi concepto calificarse de revoluciones. Efectivamente, si el espíritu de los pueblos no cambia, ¿qué importa que por algunos instantes se vean agitados en sus miserias, y que su nombre ó el de su tirano haya cambiado?

(a) Ese sistema de convergencia no puede producir mas que aplicaciones históricas alguna vez curiosas; pero casi siempre violentas. Con este motivo diremos, que las pretensiones de método y claridad de que se trata en los párrafos siguientes, están muy mal fundadas, y que no puede darse cosa mas embrollada que esas divisiones y subdivisiones (N. ED.)

Consideradas bajo este punto de vista no reconoceré mas que cinco revoluciones allá en la mas remota antigüedad, y siete en la Europa moderna. Las cinco primeras serán el establecimiento de las repúblicas en Grecia: la pérdida de su independencia en tiempo de Filipo y Alejandro con las conquistas de este héroe: la caída de los reyes en Roma; la destrucción del gobierno popular por los Césares, y finalmente la destrucción del imperio de estos por los bárbaros (1).

La república de Florencia, la de Suiza, los trastornos en tiempo del rey Juan, de la Liga en tiempo de Enrique IV, la union de las provincias belgas, las calamidades de Inglaterra bajo el reinado de Carlos I, y la erección de los Estados-Únidos de America en nacion libre formaran el asunto de las siete revoluciones modernas.

Por lo demás dibujaré ligeramente la parte de esta obra consagrada á la historia antigua, reservando los grandes detalles para cuando hable de las naciones actuales de Europa. La índole de los Griegos y los Romanos se diferencia tan esencialmente de la de los pueblos modernos, que apenas pueden encontrarse entre ellas algunos puntos de contacto. Bien habria podido extenderme sobre las revoluciones de Tebas, Argos y Micenas: los anales de Suecia y de la Polonia, los de las ciudades imperiales, y las insurrecciones me suministraban tambien materia suficiente para muchos volúmenes. Pero fijando una atenta mirada sobre la historia, he visto que una multitud de circunstancias que por de pronto me habian llamado la atención quedaban despues de un maduro exámen reducidas á unos pocos hechos totalmente extraños en sus causas y en sus efectos á los de la revolución francesa. Si me hubiera andado deteniendo á cada paso en cualquiera pequeña ciudad de la Grecia ó de Alemania, hubiera caído en un círculo de repeticiones tan pesadas, como poco útiles. No me he aprovechado pues, mas que de los grandes rasgos que ofrecen lecciones, ó ejemplos que imitar. No he tratado de escribir una novela en la que doblegando violentamente los sucesos á mi sistema, no habria dejado en pos de mí mas que uno de esos deplorables monumentos en que nuestros sucesores contemplaran con angustia el espíritu que animó á sus padres, y daran gracias al cielo de no haberlos hecho nacer en dias de tanta calamidad. Confesaré, sin rodeos, que al escribir estas páginas me he propuesto un fin mas noble: la esperanza de ser útil á la humanidad exaltaba mi alma, y conducía mi pluma. Si es tanto mas grande un asunto cuanto mayor número de verdades pueden deducirse de él naturalmente, si fijando ademas la suma de esas verdades históricas, conduce ese asunto á la solución del problema del hombre, ¿podrá nunca haberse presentado asunto mas digno de la filosofía que el plan que nos hemos propuesto en esta obra? Desgraciadamente su ejecución ha sido confiada á unas manos poco hábiles (b). Al dar el libro el título de *Ensayo*, he hecho pública confesion de mi debilidad: yo me daré por satisfecho con la gloria de haber enseñado el camino á otros ingenios mas aventajados.

(1) La irrupción de los bárbaros en el Imperio no es propiamente hablando una revolución en el sentido que doy á esta palabra. Otro tanto puede decirse de las guerras en tiempo del rey Juan y de la Liga en el reinado de Enrique IV, y sin embargo he puesto esos acontecimientos en el número de las revoluciones. Por lo tocante á los bárbaros, es fácil ver que formando el punto de contacto en que se une la historia de los antiguos y los modernos, no podía prescindir de hablar de ellos, y respecto de las otras dos épocas, hay que advertir, que es tal la celebridad de aquellos tiempos y tan singulares las analogías y caracteres que presentan, que sin esfuerzo pueden tambien figurar en el número de las verdaderas revoluciones.

(b) Ya empiezo á entrar en mi propio terreno: nada tiene esto de comun con el estilo de Rousseau.

CAPITULO PRIMERO.

CUESTION PRIMERA.—ANTIGÜEDAD DE LOS HOMBRES.

«¿Cuáles son las revoluciones ocurridas antiguamente en los gobiernos? ¿Cuál era en aquellas épocas el estado de la sociedad, y cuál la influencia ejercida por dichas revoluciones, tanto en el momento de estallar, como en los siglos siguientes?»

El solo anuncio de esa cuestion basta para demostrar su importancia. El vasto asunto que ella abraza

llenará la mayor parte de esta obra, y sirviendo de clave á nuestros últimos problemas, dará lugar á una multitud de verdades desconocidas. Con la tea que han dejado en nuestras manos las revoluciones pasadas penetraremos audazmente en la noche de las revoluciones venideras. Conoceremos al hombre de otros tiempos al través de sus disfraces, y obligaremos al porvenir. Inmensa es la perspectiva que se ofrece á nuestra vista: lisonjéome de conducir al lector por senderos no pisados aun por la filosofía al terreno de nuevos descubrimientos, y de nuevas vistas de la hu-



LOS PASTORES DE EGIPTO.

manidad (a). Pasando del cuadro de los trastornos de la antigüedad al de las naciones modernas, me iré remontando por una serie de calamidades desde las primeras edades del mundo hasta nuestro siglo. La historia de los pueblos es una cadena de miserias cuyos eslabones son las diversas revoluciones.

Si se considera que desde el memorable día en que Cristóbal Colon llegó á las playas americanas, ninguna de las hordas que vagan errantes por los bosques del Nuevo Mundo, ha dado un solo paso hácia la civilización, sin embargo de estar dichos pueblos lejos del estado de la naturaleza (b), en la época de su descubrimiento, no se podrá menos de convenir en que la forma mas grosera del gobierno ha debido ser el re-

(a) ¿Qué petulante seguridad, solo excusable en un joven! ¡Nuevas vistas de la humanidad! Mas me hubiera valido principiar por conocerme á mi mismo (N. ED.)

(b) Acerca del lento progreso de la civilización de esos pueblos, se ofrece una interesante observacion, y es que acaso depende de haberles negado la naturaleza rebaños que pueden considerarse como el primer tipo de sociabilidad entre los hombres. Las hordas americanas mas civilizadas eran aquellas entre las que se encontraba algun animal domesticado.

sultado de siglos pasados anteriormente en la barbarie.

¿Que es lo que nos presenta la historia en el momento de abrirse? Grandes naciones en el período de decadencia, costumbres corrompidas, un lujo espantoso, ciencias abstractas (1), como la astronomía, la escritura y la metafísica de los idiomas, y artes cuyo perfeccionamiento parece exigir la duracion de un mundo. Si á esto se añaden las tradiciones de los pueblos: los pastores del antiguo Egipto apacentando sus gazelas en las ciudades abandonadas, y entre las ruinas de una nacion desconocida, que floreció en otros tiempos en aquellos desiertos (2): si se conside-

(1) HEROD., lib. I y II; DIOD., lib. I y II.

(2) Viaje á las fuentes del Nilo por J. BRUCE, tom. III, lib. II, cap. II, pág. 117 etc. Admitiendo con este autor que los pastores reemplazaron á los antiguos pueblos del Egipto, deshecho lo restante de su sistema segun el cual los pastores debieron haber venido de Etiopia. Dice Bruce, que los descendientes de Cush, nieto de Noé, poblaron aquellas regiones que entonces se hallaban desiertas, y de allí á pocas páginas añade, que los Cushitas se encontraron con un pueblo poderoso, los pastores. Además de dar á entender los historiadores antiguos que los pastores entraron en Egipto

raese mismo Egipto contando mas de cinco mil años (1) desde el fin de la edad pastoril hasta la institucion de la monarquía en tiempo de Menés hasta Alejandro: la China fundando su historia sobre una serie de eclipses cuyo cálculo se remonta al diluvio (2), mas allá del cual se pierden sus anales en siglos innumerables: finalmente la India presentando el fenómeno de una lengua primitiva, origen de todas las del Oriente, no comprendida ya sino de los Bramines (3), y que en otro tiempo fue la usada por un gran pueblo, del cual ha desaparecido hasta el nombre: si se consideran, volvemos á decir, todas esas circunstancias, es cierto que la primera mirada que se fije en la historia bastará para convencernos que nuestra limitada cronología no llena apenas la última página. ¿Qué será si para mayor certeza se fija la atencion en los monumentos de la naturaleza que lo demuestran de un modo que no tiene réplica (4)?

La destruccion y renovacion de una parte del género humano es otra conjetura igualmente fundada. Los cuerpos marítimos trasportados á la cima de las montañas, ó sepultados en los senos de la tierra; los lechos de piedras calcáreas, y las capas paralelas y horizontales de ciertos terrenos (5) estan acordes con las tradiciones de los hebreos (6), indios (7), chinos (8), egipcios (9), celtas (10), negros (11) del Africa,

por el istmo de Suez, Bruce ignoró sin duda un pasaje de Eusebio que dice *Aethiopes ab Indo flumine consurgentes juxta Aegyptum conserderunt*. Fija la época de su llegada en el reinado de Amenofis, antes de la décimanona dinastía, hacia el tiempo de la fundacion de Esparta, quinientos años antes de la era vulgar. De manera, que los Pastores habian sido los primeros habitantes de la Etiopia. Por otra parte, segun Usserius, Sesostris fue hijo de Amenofis, y Sesostris lejos de arrancarle su reino de mano de los Pastores victoriosos, emprendió la conquista del mundo si hemos de creer á Diodoro de Sicilia. Preciso es pues colocar el reinado de los Pastores en una antigüedad mas remota que la que establece el viajero Bruce, y desechar la inverosímil opinion de que esos pueblos descendian de la Etiopia. Manethon en su décimasexta dinastía, les da el nombre de Fenicios extrangeros. Josefo refiere, que Thetmosis los obligó á abandonar su imperio, lo cual haria remontar su época hácia el año 2889 del período Juliano. Mas esto no debe entenderse sino por lo tocante á los últimos Pastores, que es cierto que desolaron varias veces el Egipto.

(1) Segun el cálculo moderado de Manethon. Si se admitiera el reinado de los dioses y semi-dioses, habria que contar mas de veinte mil años. DIOD., lib. I pág. 41.

(2) DUHALDE *Hist. de la China*, tom. II, pág. 2. Se observó el primer eclipse dos mil ciento cincuenta y cinco años antes de Jesucristo.

(3) *Hist. of Ind. from the Earliest. Acc.*: ROBERTSON *Appendix to his Disquis.*

(4) BUFFON, *Teoria de la Tierra*. Yo habia recogido un gran número de observaciones botánicas y mineralógicas para demostrar la antigüedad de la tierra; pero el manuscrito de estos viajes, de los cuales se encontraron algunos extractos en esta obra, pereció con el resto de mi fortuna en la revolucion.

(5) BUFFON *Id. Ib.*

(6) *Genesis*.

(7) *Hist. of Ind. from the Earliest etc.*

(8) DUALD *Hist. de la China*, tom. II.

(9) LUCIAN., *de Dea Syria*. Luciano refiere la historia de la paloma de Noé.

(10) EDDA., *Mitol.*; KEYL., *Ant. Sept.* cap. II; SEHED. *de Diis German.*

(11) KOBEN'S *Acc. of the C. of Good Hope*; SPARRM. *Vog. among the Hott.*, VI. Cap. V. Segun este autor, es tal el horror que los hotentotes tienen á la lluvia, que no se les puede hacer creer que alguna vez es necesaria. Atribuye el viajero sueco esta antipatia á las opiniones religiosas de aquellos pueblos; pero es mas natural suponer que dimana de una tradicion confusa de las desgracias ocasionadas por el diluvio. Es cierto que esta tradicion fue llevada á Africa sea por los Mahometanos que penetraron en aquel país antes del siglo VIII, ó mucho antes por los Cartagineses, de quienes algunos viajeros modernos han encontrado monumentos hasta en las playas del Senegal y del Tigris. Sin embargo, si los

y hasta con las de los salvajes del Canadá (12), en cuanto á demostrar la sumersion del globo (13).

Sentemos, pues, por base de la historia estas dos verdades: la antigüedad de los hombres y su renovacion despues de haber sido completamente destruida la raza humana.

Cartagineses siguieron la opinion de sus antepasados, los Fenicios no debieron creer en el diluvio.

(12) LAF. *Costumbres de los Salvajes*. art. RELIG.

(13) Sin embargo, no es posible pasar en silencio una grande objecion histórica. Sanconiaton el fenicio, contemporáneo de Semiramis, no dice una sola palabra del diluvio. Acaso en toda la literatura no hay documento mas curioso que los pasajes de este autor, salvados de las ruinas del tiempo en los escritos de Porfiro y de Eusebio. No solamente causa admiracion el que nada se diga en esos fragmentos acerca de las dos célebres tradiciones del diluvio y de la caída del hombre, y la explicacion que en ellos se da del origen del culto entre los Griegos, sino el encontrar en ellos el primer historiador del mundo ateo por principios, lo cual es sin duda una circunstancia de la mas extraordinaria naturaleza. No siendo esos preciosos restos de la antigüedad conocidos mas que de los sabios, el lector llevará á bien que los reproduzcamos.

«El principio del mundo, dice Sanconiaton, era un aire sombrío y turbulento, un caos infinito y sin forma. Este aire se enamoró de sus propios principios, y de ellos salió una sustancia mixta llamada *deseo*».

«Esta sustancia fue la matriz general de las cosas; mas el aire ignoraba lo que habia producido. Con ella engendró á *Mot* (barro fermentado), y de este embrión brotaron todas las plantas y el sistema del universo».

El autor fenicio cuenta en seguida, que el sol, la luna y las estrellas son animales inteligentes que se formaron del *Mot*, y que habiendo la luz producido los truenos, todos los animales se escondieron en los bosques ó se precipitaron en las aguas. En este pasaje Sanconiaton se refiere á otro autor anterior llamado Taautus, al cual atribuye la invencion de las letras y el origen de su cosmogonia: de manera, que no es posible referirse á una antigüedad mas remota. Pasando en seguida el historiador á la generacion de los hombres, dice:

«Del viento Colpia y de su mujer Baan, fueron engendrados dos mortales (macho y hembra), llamados *Protogenus* y *Eon*. De esa primera union nacieron Genus y Genea, que en cierta ocasion de gran sequia extendieron sus manos hácia el sol diciendo: ¡*Beelsamin!* (en idioma fenicio, Señor del cielo).» De aqui proviene el gran nombre de la divinidad entre los Griegos, y el historiador se burla de ellos, porque no entendieron la expresion fenicia.

Sanconiaton cuenta las doce siguientes generaciones: Protogono, Genus, Phos, Libano, Memrumo, Agres, Chrisor, Tecniches, Agro, Amino, Misor y Taautus, atribuyendo á unos la invencion de la agricultura, á otros la de las artes mecánicas etc., y demostrando como de esos primitivos hombres tomaron denominacion las divisiones geográficas, como Libanus de Libano, y por último, como se originaron la mayor parte de los dioses divinizados por los Griegos.

Es de notar en la décima generacion (Amino), que corresponde á Noé en el Génesis, Sanconiaton pasa inmediatamente á Misor sin hacer mencion del memorable suceso que entonces debió ocurrir. De Agro, dice el autor, nació Amino que enseñó á edificar ciudades; de Amino, Misor el justo etc.

Concluimos esta nota con una interesante observacion. Créese, que Sanconiaton escribió en tiempo de Semiramis. Esta reinaba cerca dos mil ciento noventa años antes de nuestra era. Segun la opinion mas recibida, la primera expedicion egipcia no llegó á las costas de la Grecia hasta el año 1856 de la misma cronología, y el sistema religioso no adquirió formas permanentes hasta la legislacion de Cecrope, esto es, algo mas de tres siglos despues. Sin embargo, el autor fenicio ridiculiza los errores de los Griegos acerca de los dioses, y habla de aquel pueblo como de una nacion que era ya muy antigua. Aun hay mas: dice, que Athena hija de Crono, reinó en el Atica en una época que es difícil determinar y que destruiria completamente nuestro sistema cronológico. Puede el lector creer lo que tenga por conveniente acerca de la historia y origen moderno de los Griegos, teniendo en cuenta que Diodoro en Eusebio, Herodoto, Apollodoro y Pausanias confirman la opinion del autor fenicio en varios pasajes. Pero si se supone que Sanconiaton vivió dos ó tres siglos despues de Moisés como piensan algunos sabios, quedan desvanecidas todas las dificultades. (SANCON. *apud LUS. Preparat. Evang.*, lib. I, cap. X.)

Mas no principiando la historia sino en la época muy incierta del diluvio, estareis lejos de haber vencido todas las dificultades. Sanconiaton por de pronto no nos da noticia mas que de la fundacion de las ciudades y los Estados. Crono, hijo del rey Ourano, se apoderó de su padre al pié de una fuente, lo mandó cruelmente mutilar, emprendió largos viajes, repartió coronas á medida de su deseo y dió el Atica á su hija Athena y el Egipto al dios Taautus. En seguida Herodoto y Diodoro os introducirán en el país de las maravillas. En ellos vereis descripciones de ciudades de veinte leguas de circunferencia, edificadas como por encanto, de jardines suspendidos en el aire y de lagos enteramente abiertos por la mano del hombre. El Oriente se presentará súbitamente á nuestra vista en el apogeo de su corrupcion y de su gloria. Se han sentado ya tres poderosas monarquias las unas en las ruinas de las otras, y por todas partes ha dominado furor de conquistas tan desastrosas para los vencidos, como inútiles ó funestas para los mismos vencedores. En Persia contemplareis una nacion envilecida y sátrapas mutilados; en Egipto un pueblo ignorante y supersticioso, sacerdotes sábios y despóticos. Dejemos que duerman ignorados los crímenes de los tiranos y las desgracias de los esclavos en esa parte del mundo donde el palacio de Sardanapalo se levanta junto la caverna del esclavo, donde el templo de la divinidad no ve bajo las cúpulas de pórfido mas que una reunion de hombres abrumados de miseria: en ese caos de lujo é indigencia, de dolores y voluptuosidades, de fanatismo y de luces, de opresion y de servidumbre. Un rayo de luz emanado del Egipto despues de haber luchado por algun tiempo con las tinieblas de la Grecia, bañó por último de claridad á ese país predestinado. Las hordas errantes que Inaco, Cecropé y Cadmo habian reunido en su tiempo se fueron despojando poco á poco de sus costumbres salvajes, y constituyeron en diversas épocas repúblicas, que ahora nos dan ocasion á que principiemos á examinar la primera revolucion (a).

CAPITULO II.
PRIMERA REVOLUCION. LAS REPUBLICAS GRIEGAS. SI EL CONTRATO SOCIAL DE LOS PUBLICISTAS ES EL PRIMITIVO CONVENIO DE LOS GOBIERNOS.

Las repúblicas de la Grecia consideradas como primeros gobiernos populares entre los hombres, (1) ofrecen un objeto muy interesante á la filosofia. Si la historia nos hubiese transmitido las causas que contribuyeron

(a) ¿Qué es lo que esa confusion de observaciones sobre los hombres y sobre la historia natural pretende probar? Que yo dudaba de la cronologia de Moisés, y suponía que el mundo era más antiguo. Pues eso no obstante, repetidos pasajes de este mismo *Ensayo* demostraron que yo creía en la autenticidad histórica de los sagrados libros; puede pues decirse que yo mismo ignoraba lo que creía y lo que dejaba de creer. Por lo tocante á las antigüedades egipcias y chinas, es cosa demostrada en la actualidad, que lejos de tener tal supuesta antigüedad, no son sino muy modernas. Los Chinos, el sanscrito, los geroglíficos egipcios, todo se ha penetrado, y se ha visto comprendido en la cronologia de Moisés. El zodiaco de Denderah ha sido explicado en Paris, y no puede ya menos de conocerse, que algunos monumentos que se consideraban como antediluvianos, no datan acaso mas que del segundo siglo de la era cristiana. Desde que el espíritu filosófico ha dejado de ser espíritu de irreligion, no se da tanta importancia á la edad del mundo.

Respecto á los monumentos de historia natural que he citado, debe tambien decirse, que los estudios geológicos del Sr. Cuvier, no han dejado duda alguna acerca de las razas que han perecido y acerca del diluvio universal (x. ed.) y vol. (1) Tampoco esto es exactamente riguroso. La república de los Judios principiá á su salida de Egipto el año 1491 de nuestra era, y la de Tiro fue fundada en 1252 de la misma (Genes., Josefo., *Antig.* lib. viii. cap. ii.)

á instituir las, hubiéramos podido obtener la solucion del famoso problema político, á saber: cual es el primitivo convenio de la sociedad. Juan Jacobo opina que ese convenio debió llevarse á cabo bajo las bases siguientes: «Cada uno de nosotros pone en un fondo comun su persona y todo su poder bajo la direccion de la voluntad general, y recibimos en cuerpo cada miembro, como parte indivisible del todo.»

Mas para poder discurrir de ese modo ¿no será preciso suponer una sociedad preexistente? Podrá el salvaje, que ha pasado su vida vagando por los desiertos, sin nocion de lo mio y tuyo, pasar repentinamente de la libertad natural á la libertad civil, especie de libertad puramente abstracta, y que necesariamente supone anteriores ideas de propiedad y de justicia convencional, y de fuerza comparada del todo con la parte, etc. Hay, pues, un estado civil intermediario entre el natural y el que Juan Jacobo supone. Luego su convenio no es primitivo.

¿Cuál será, pues, ese convenio? En esto consiste la enorme dificultad. Si por un momento admitimos como auténtico el supuesto por Rousseau, por lo menos será cierto que ese pacto fundamental se remonta á las sociedades de que podemos formarnos alguna idea, puesto que ni una sola de las hordas salvajes que se han encontrado sobre el globo, no existia bajo el gobierno popular. Luego debe suponerse de estas dos cosas una: Que es preciso admitir con Platon, que el gobierno monárquico establecido sobre la imagen de una familia, es el único natural, y por consiguiente que el contrato social no puede referirse sino á una época posterior.

O que siendo ese pacto original; Los pueblos se cansaron muy pronto de su propia soberanía; y la confiaron á un ciudadano valeroso y sabio.

De aquí proviene esta interminable cuestion: ¿Cómo del gobierno primitivo, suponiéndolo monárquico, llegaron los hombres á concebir el fenómeno de otra libertad distinta de la natural?

O bien si quiere suponerse que la constitucion primitiva fue republicana.

¿Por qué grados el espíritu humano, despues de siglos de observaciones, despues de la experiencia de los males que resultan de todo gobierno (b), ha vuelto á encontrar las bases de la constitucion natural tenida en olvido por espacio de tanto tiempo? (c)

(b) Grande fue la importancia que se dió á esta frase, que dado caso que significase alguna cosa, no puede ser mas, sino que en todas las constituciones humanas debe haber algun defecto. Por lo demás, la frase solo es un rasgo tomado al sistema de dudas de Montaigne, ó al sombrío humor de Rousseau (x. ed.)

(c) Bastaria este solo capítulo para demostrar lo que he dicho en uno de los prólogos de esta edicion completa de mis obras, á saber: que en mi primera juventud escribí de política con la misma viveza que en asuntos de imaginacion. No es pues la Restauracion la que me ha hecho pasar como algunos han aparentado creer, de la literatura á la política.

En este pasaje se echan de ver los dos caracteres que distinguen mi sistema político, siempre monárquico de buena fe, y siempre favorable á la libertad. A pesar de la admiracion que en aquella época yo profesaba á J. J. Rousseau, empujé vigorosamente su *Contrato social*, y no tardará en verse que me decidí contra las repúblicas en favor de la monarquía constitucional. Es gracioso que en estos últimos tiempos hayan querido hacernos pasar por republicano, solo por haber dicho que de no adoptar francamente la monarquía representativa, iríamos á parar en una república: verdad que me parece demostrada hasta la evidencia. El despotismo militar podría dominar tal vez por algunos momentos; pero su duracion es imposible en el estado actual de nuestras costumbres. Si el ejército es numeroso, no podrá menos de participar de todas las opiniones de la nacion; si es débil, la poblacion lo dominará y arrastrará en pos de sí. Tampoco pueden todos los ti-

Mediten los lectores sobre tan alto asunto. Si yo intentara dilucidarlo en este lugar, no haria mas que acumular obra sobre obra, y hay que tener presente que no me he propuesto escribir mas que un *Ensayo*. Pocos datos ofrece las causas de la destruccion de la monarquía en Grecia para el esclarecimiento de esas cuestiones.

CAPITULO III.

EPOCA DE LA MONARQUIA EN GRECIA.

No puede el ánimo fijarse en los primeros tiempos de la Grecia sin sentirse poseído de horror. Si en la Argolide floreció bajo los pastores Inaco y Phoroneo la edad de oro; si Cecropé dió leyes puras al Atica; si Cadmo introdujo las letras en la Beocia; esos dias venturosos se deslizaron tan rápidamente que fueron á manera de un sueño para la malhadada posteridad.

Las musas hicieron resonar frecuentemente la escena con los trágicos nombres de Agamenon, de Edipo y de Teseo (1). ¿Quién de nosotros no se ha enternecido tambien con las obras maestras de los Crebillon y de los Racine (a)? Al relato de aquellas insignes desgracias de los reyes, nosotros hemos derramado en otro tiempo lágrimas, como si asistiéramos á la representacion de una fábula trágica: hoy que hemos visto la catástrofe de Luis XVI y su familia, podemos llorar en presencia de la realidad (b).

Asesinatos (2); raptos (3); incendios (4); pueblos enteros forzados á la emigracion por la miseria (5); otros levantándose en masa para invadir á sus vecinos (6); reyes sin autoridad (7); insignes facciosos (8); naciones bárbaras (9); tal es el cuadro que nos presenta la monarquía griega. De repente, sin que podamos ver las razones que lo motivan, se instituyen repúblicas por todas partes. ¿De donde nace tan súbita mudanza? ¿Será que la opinion á manera de torrente ha derribado de improviso los tronos? ¿Será que los tiranos á fuerza de crímenes se hayan hecho acreedores á esa suerte? No. En unas partes extinguen la monarquía movidos del exagerado aprecio en que tienen á esa institucion. Ningun hombre, dicen los Atenienses, es digno de reemplazar á Codro (10); y en otras partes el príncipe heredero de la corona es el mismo que establece la constitucion popular (11).

Esta singular revolucion, diversa en sus principios de todas las que conocemos, ha sido el escollo de la mayor parte de los escritores que han tratado de investigar su origen (c). Maby tocando superficialmente el asunto, entra á tratar de las constituciones repúblicas convertirse en despotas militares, pues no es cosa que se consiga sino á fuerza de gloria y de combates.

- (1) Esquilo, Sofocles, Euripides.
- (a) Extraño modo de comparar á Crebillon y á Racine! Juicios de estudiantil!
- (b) En este *Ensayo* yo debería ser ateo y republicano, y á cada paso me manifiesto religioso, monárquico y fiel á mis principios legítimos.
- (2) PLUT., *in Thes.*
- (3) Hon., *Iliad.*
- (4) *Ibid.*, lib. ix.
- (5) HEROD., lib. i., cap. cxxv. STRABON., lib. xiii., p. 582. PAUSAN., lib. vii., cap. ii., p. 584.
- (6) PAUSAN., lib. ii., cap. xliii.
- (7) PLUT., *in Thes.*; DIVI, lib. iv., p. 266.
- (8) PAVS., cap. xi., p. 732.
- (9) ALIAN., *Var. His.*, lib. iii., cap. xxxvii.
- (10) METRS., *de Regib. Athen.*, lib. iii., cap. xi. Reconocieron por rey á Júpiter.
- (11) PLUT., *in Lyc.*

blicas (12) sin darnos noticia de la oculta causa que hizo establecerlas. Procreemos, pues, á pesar de la oscuridad de la historia, hacer algunos descubrimientos en ese nuevo campo de la política.

CAPITULO IV.

CAUSAS DE LA DESTRUCCION DEL GOBIERNO MONARQUICO ENTRE LOS GRIEGOS. SON ENTERAMENTE DISTINTAS DE LAS QUE PRODUCIERON LA REVOLUCION FRANCESA.

La primera causa que se echa de ver en la caída de las monarquías griegas se saca de las revoluciones que por espacio de tanto tiempo desolaron aquel hermoso país. Desde la toma de Troya hasta la extincion de la monarquía en Atenas, y aun mucho tiempo despues, cambió un trastorno general la faz de aquellas regiones. En aquel caos de innovaciones fue violado el orden de la regia sucesion (13); los monarcas perdieron poco á poco su poder y los pueblos la idea de un gobierno legal. Todos los elementos del cuerpo político puestos en fermentacion por la fiebre de las revoluciones, llegaron al mas alto punto de energía del cual se desprenden las formas primitivas y los grandes pensamientos: bastaba que en tal situacion ocurriera el menor choque en el Estado para que se derrocaran aquellas débiles monarquías que apenas podian sostener el nombre de tales.

En el espíritu de los hombres ricos de aquel tiempo encontramos otra causa no menos evidente de la ruina del gobierno monárquico en Grecia. Aprovechándose aquellos hombres de la confusion general para usurpar la autoridad, sembraban discordias en redor de los tronos á que aspiraban. Es un rasgo común á todas las revoluciones en sentido republicano el haber sido rara vez iniciadas por el pueblo (d). Siempre son los nobles los que en proporción de su poder y riquezas, han dado el primer ataque al trono; sea porque el corazon humano es mas accesible á la envidia en los poderosos que en los infelices; sea que en los de aquella clase domina la corrupcion mas que en los de esta; sea que la participacion del poder solo sirva para irritar la sed de mando, ó sea por último, que el destino se complazca en obsecar las victimas que ha marcado con su sello. ¿Qué sucede despues que la ambicion de los grandes ha conseguido derribar el trono? ¿Que el pueblo oprímido por sus nuevos señores no tarda en tener que arrepentirse de haberse dado una multitud de tiranos en lugar de un rey legítimo. Al llegar á ese caso, desentendiéndose el pueblo del supuesto patriotismo con que aquellos hombres se habian cubierto, concluye por arrojar la vil faccion y el Estado, volviendo á su posicion normal.

(12) *Observ. sobre la Hist. de la Grecia*, pp. 1, 20.

(13) PAUSAN., lib. ii., cap. xlii y xliii; VELL., *PATERC.*, libro i., cap. ii.

(d) Esta es una observacion digna de la historia; mas para hablar lógicamente, debería no haber usado la palabra *siempre* despues de haber dicho *rara vez*. Conviene advertir que juzgó á la aristocracia con demasiado rigor. ¿Por qué se halla esta dispuesta siempre á poner obstáculos al poder de uno solo? Porque su principio natural es la libertad, así como el principio natural de la democracia es la igualdad. Por esa razon vemos que los reyes que aspiran al despotismo, detestan la aristocracia y solicitan el favor popular; el cual están seguros de obtener, sacrificando los nobles y los ricos al principio de igualdad. Si la aristocracia ha atacado alguna vez al poder soberano y la democracia es quien todavía con mucha mas frecuencia ha entregado á su poder la libertad. Pero nótese que así que el monarca ha llegado al despotismo por medio del pueblo, se desentiende de la union con este, y se echa en brazos de la aristocracia que proscribió anteriormente, pues si el pueblo es bueno para facilitar la usurpacion de la tiranía, no vale absolutamente nada para sostenerla.